

Tierra y Libertad

Barcelona, 19 de diciembre de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II • Núm. 44 • 15 CÉNTIMOS

HOY Y MAÑANA

CONTRA LA DEPRESIÓN

No sé quién dijo que sólo los héroes tienen derecho a la tristeza y a la desilusión. Pensando en la heroicidad, en la verdadera, no en la forzada, ni en la interesada, ni en la pagada; pensando en el momento culminante de un hombre que, al acometer acciones heroicas, fracasa y vuelve a fracasar por la estulticia ajena; pensando en la idealidad contrariada por la brutalidad, en el gesto noble destruido por la risotada incomprensiva y en la consecuencia burlada por la puerilidad movible, somelida a la moda, puede haber un hombre que en un momento de dramatismo intenso se sienta desilusionado y triste.

Pero aquí no hubo apenas héroes. Los héroes, los verdaderos héroes, dieron su vida y callan para siempre. Los que no la dieron ni la explotaron siquiera, ningún motivo tienen para sentirse deprimidos ni abatidos. Lo que deben hacer es luchar sin tregua, cultivarse, elevarse, proponer las ideas anarquistas con el ejemplo y la palabra. Nuestra doctrina jamás fue desmentida por los hechos ni por el razonamiento. Los hechos y el razonamiento son nuestros apoyos firmes, como pilares inmovibles, como sillares eternos. Pasa la vida con sus miserias, se renueva el furor autoritario de los gobiernos, se desacreditan las doctrinas basadas en la servidumbre política y económica, caen imperios y democracias, se tambalean dictaduras burguesas y proletarias, envejecen sistemas científicos, fracasan todas las teorías insolidarias. Sólo se sostiene en pie el ideal anarquista y éste vivifica el mundo, que vive gracias al apoyo mutuo que se practica permanentemente por encima de fronteras y gobiernos.

La cultura auténtica, que trabaja en el laboratorio, no piensa en medallas ni títulos, sino en su hermandad con los hombres. El maestro que no cree en ninguna concepción ayuda a sus semejantes sin esperar tampoco recompensa ni nombramiento oficial. El operario que construye un motor es un bienhechor de la humanidad, como el que traza un camino o el que surca los mares. Todos estos hombres hacen su labor verdaderamente útil, sin que intervenga el Estado, más que para contrariarla y reglamentarla a la manera absoluta que representa la brutalidad organizada.

Y si esa práctica del apoyo mutuo hace vivir al mundo, ¿por qué no extenderla a todas las relaciones humanas? Ello equivaldría a nacer otra vez, a vivir plenamente y a que los hombres todos no tuvieran necesidad de sentirse deprimidos ni cansados. Si sienten hoy flaquear el ánimo, si están cansados y deprimidos, que observen la multiplicidad constructiva de la naturaleza y del pensamiento congruente, la sencillez de los viejos maestros del anarquismo, nunca cansados, a pesar de haberse entregado enteramente a la verdadera causa del pueblo. Que adviertan en la historia del mundo la vitalidad revolucionaria, pero que no se cansen en afirmarse vencidos antes de luchar.

FELIPE ALAIZ

El derecho y la ley

Es muy frecuente oír decir que un hombre que estudia leyes sigue la carrera de derecho. Esto es una aberración, una falsedad manifiesta, pues el derecho y la ley son antagonistas. Dicho de otra manera: el derecho y la ley son los enemigos más irreconciliables.

Por el mero hecho de haber nacido, la Naturaleza concede al hombre el derecho a vivir, a alimentarse con los productos de la tierra, a reposar sobre esa misma tierra. Pero la ley le priva de ejercer ese derecho. La ley no es obra de la Naturaleza; ha sido confeccionada por una minoría de hombres, que la imponen a la comunidad. La ley reconoce la propiedad privada y ampara a los que se apoderan de un trozo de la tierra, privando a la mayoría de su disfrute y de sus frutos.

La ley, además, es un monstruo de infinitas caras. Un litigio fundado en las mismas causas, amparado por los mismos derechos, se resuelve de distinta forma, según el letrado que elige el litigante y según las influencias de que puede disponer éste.

Nadie como los jueces sabe lo que significan la ley y el derecho; nadie como ellos conoce el alcance de estos dos vocablos. De ahí el que se tomen tan poco trabajo por que prevalezca el derecho. Les basta con aplicar la ley, tan dócil, que de apariencias de justicia a todas sus resoluciones.

Pero, pese a todas las leyes amañadas por los hombres, el humano tiene perfectísimo derecho a la vida y a disfrutar de los productos de la tierra. Esta no debe ser usufructuada por nadie en beneficio propio. Y cuando ese sentido de la propiedad individual ha traspasado los límites de lo humano, como sucede en nuestros días; cuando una minoría privilegiada se ha apoderado de la tierra, al amparo de la ley que ella misma ha confeccionado; cuando hay miles y millones de hombres que se mueren, literalmente, de hambre, mientras los productos se pudren en los almacenes de los acaparadores, es necesario pensar en hacer que prevalezca el derecho sobre esa ley, tan manifiestamente injusta.

Vivir al margen de la ley es vivir la verdadera vida. Vivir dentro de la ley es condenar a muerte a la humanidad.

Durante los siete años ignominiosos de la dictadura, republicana y anarquista fuimos declarados fuera de la ley. Desde el famoso 14 de abril, seguimos proscritos los anarquistas. ¿Por qué no también los republicanos? Porque la ley es una cosa muy acomodaticia, y ahora son ellos los que detentan el poder. Esta dolorosa realidad viene a confirmar nuestra tesis de que la ley es incompatible con el derecho.

El hombre consciente debe estar en todo momento fuera de la ley que los hombres amañaron, porque está en pugna manifiesta con las leyes naturales.

Y debe exigir el pleno goce de su derecho, en todo momento y con toda energía.

La solidaridad es un deber ineludible en nosotros. Los compañeros en paro forzoso necesitan de nuestro apoyo. No olvidemos a los que van sus hogares amenazados por la miseria. Pidamos la jornada de seis horas y repartiremos el pan entre nuestros camaradas.

El Gobierno contra los trabajadores

Desequilibrio

Evidentemente, hay un desequilibrio político y social en esta España tristemente desvinculada, un desequilibrio que no es solamente español, sino mundial. Las mismas dificultades económicas y políticas existen en la Inglaterra liberal y en la Francia democrática que en la Italia fascista. La civilización burguesa está en crisis: se trata de una doble crisis espiritual—del método civilizador y material—de capacidades técnicas en el gobierno de la economía y en el empleo racional del progreso para el bienestar de todos los seres humanos.

España, que no puede escapar a la disgregación del régimen capitalista, ha querido probar el ensayo democrático, y ha pasado de una monarquía desechada, casi absoluta, a una República federativa.

La prueba ha fallado. Era fatal que así sucediera. Si ignominiosas y cruentas fueron las medidas tomadas por la monarquía y las dictaduras que ha sufrido el pueblo en contra de las organizaciones obreras de carácter revolucionario, no son menos suaves y benéficas las empleadas actualmente por los gobernantes de nuestra flamante y joven República. Todos los mismos procedimientos han sido puestos en práctica: la cárcel, el destierro, el matrimonio, el confinamiento.

La democracia burguesa, para salvar su hegemonía y sus intereses de clase, necesita también de la fuerza que la ampara y protege. Quien creía que con el advenimiento de la República brotarían algunas flores de libertad, quien pensaba que después de derrocado el régimen borbónico se cambiaría el procedimiento de mando, se equivocaba lamentablemente, o desconocía por completo la árclica textura de los regímenes capitalistas.

En España ha pasado lo que debía pasar. Se ha seguido paso a paso el desequilibrio de la vieja Europa feudal y un Estado ha sucedido a otro, arrastrando con el cambio todo el lastre de violencia que tenía que servir para seguir oprimiendo al pueblo en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Violación de domicilios, asaltos a los sindicatos, prisiones gubernativas a capricho de un gobernador cualquiera, toda la gama represiva, en fin, que usaba el pasado régimen monárquico.

Se ha llegado a más. Se ha creado un cuerpo pretoriano de adeptos, llamados guardias de asaltos, gente de baja categoría, reclutados en África, en donde prestaban servicio enrolados en el tristemente célebre «Tercio de Voluntarios», y estos nuevos guardias republicanos llevan su ferocidad a términos inasibleables, maltratando de obra y palabra a los detenidos en las jefaturas de policía.

El desequilibrio es bien manifiesto. España no ha podido satisfacer a este fenómeno económico del mundo.

Estamos a la mitad del camino. Fracassado el intento de democracia republicana, surgirá la dictadura, militar o civil, lo mismo da, porque el régimen parlamentario está en franca bancarrota y la economía burguesa se ve imposibilitada de solucionar el problema del paro forzoso que, como un fantasma aterrador, amenaza devorarnos a todos.

(Pasa a la 3.ª página)

El mendigo

De algún tiempo a esta parte, se ha aumentado el número de mendigos en nuestra gran urbe. Ya no son sólo los mendigos profesionales los que interrumpen nuestros pasos por la ciudad. Ahora, son también los obreros en paro forzoso, llevando cogidos de la mano a sus hijos, y junto a ellos, a sus compañeras, los que importunan al transeúnte, pidiéndole una limosna y ofreciéndole el triste espectáculo de su miseria. Este nuevo mendigo circunstancial pone de manifiesto, bien a las claras, su falta de práctica en el oficio. Pide con temor y un tanto de vergüenza, y no tiene a flor de labios un desvergonzado reproche cuando se ve repelido, como es frecuente en los profesionales de la mendicidad.

Cuando uno de esos desdichados se aproxima a nosotros, más que conmisericordia, su actitud nos inspira rabia. Si es joven y vigoroso, porque no ha sabido emplear su vigor y juventud en exigir lo que es derecho lo corresponde; si es viejo y decrepito, porque dejó transcurrir los mejores años de su vida en no conquistarse para su vejez, a dentelladas, si era preciso, lo que ahora se le niega.

Nosotros no queremos sufrir la suprema humillación de dar una limosna, y menos aún, a un obrero. Y volvemos el rostro cuando uno de ellos se aproxima a mendigarnos un trozo de pan, para que no vea reflejada en nuestra faz la indignación que su acto nos produce.

Mientras haya en nuestra sociedad explotados que no tengan un gesto de rebeldía en estos momentos trascendentales; en tanto que el obrero en paro forzoso se limita a exhibir su hambre tomando el sol en los paseos públicos, para que los forajidos «del asalto» les den una carca cuando quieren divertirse; mientras se limiten a pedir limosna con la resignación de los castrados, el hambre perdurará entre nosotros, y esos mendigos circunstanciales correrán el riesgo de reeducarse en tan abyecta profesión, formando legiones que serán una amenaza para las reivindicaciones del proletariado.

El mendigo es un producto de esta sociedad capitalista, a todas luces abominable, injusta y execrable que padecemos. Es el resultado de una educación falto, Indiana, carente de todo sentimiento noble y humano. El mendigo es la mayor rémora del progreso; es el muro que la burguesía interpone al avance de la verdadera justicia. Por eso se afana el capitalismo en hacer crecer el número de mendigos, tras el cual se atrincheran para defender sus posiciones y privilegios. Tras ese muro, cada vez más espeso y compacto, la burguesía se cree segura. Y es a nosotros, a los eternamente explotados por el capital, a quienes interesa procurar que la trinchera no adquiera consistencia, sino que sea cada vez más débil, hasta lograr su total desaparición.

El día que esto suceda, el choque ha de ser terrible para el capital. En interés de todos está, pues, procurar que ese día sea lo más inmediato posible.

El mendigo profesional debe desaparecer. En cuanto al circunstancial, todos debemos hacer por que no pierda ese resto de veracidad y dignidad que le caracteriza, para que tenga plena conciencia de sus derechos y sepa tener un gesto de suprema rebeldía.

El hombre no debe pedir por último lo que el egoísmo de gentes que se estiman de mejor costa le ha robado, atropellando las más rudimentarias leyes de la Naturaleza.

COMPAÑEROS: LEED Y PROPIEDAD «TIERRA Y LIBERTAD»



La libertad republicana

Bosquejo sobre la actualidad sindical

La historia del sindicalismo español se está escribiendo con tan imprecisos caracteres que da la sensación de que falta un potente organismo en donde se puedan enlazar eficientemente aquellos trabajadores, enemigos de la inercia, que anhelan un rápido derrumbe del actual estado de cosas.

Rememorando multitud de movimientos huelguísticos desarrollados en toda España con una celeridad inconcebible, hemos pensado—con amargos pensamientos—que la acción sindical, hasta ahora, ha sido cosa parecida a las frías pompas de jabón. Desearo ardientemente el logro de infinitas reivindicaciones morales y económicas nos entregamos todos—con indescribible frenesí—a la breve reorganización de nuestras fuerzas, a la inmediata consolidación de los sindicatos. Se trabajó para ello inaudita e incansablemente. El advenimiento de la República pareció ampliar grandemente el rosado horizonte de la libertad y de los derechos ciudadanos y esto originó el que muchos señores llevaran sus sueños hasta el desvarío. Multiplicó las ansias emancipadoras del pueblo y consiguió que el optimismo—ardor supremo de la juventud rebelde—fuera motivo viril e inicial en la lucha incansante por la conquista de las anárquicas aspiraciones.

Habiase fundado un viejo sistema de esclavitud y oprobio. Cayó la representación esencial de un régimen basado en degradante jerarquía y esa caída aparatosa y debidamente preparada, sirvió para que todos los hombres de reconocido temple libertario sintieran un fresco e imperioso estímulo, un imperioso afán de reconquistar derechos perdidos, digamos mejor, derechos usurpados. Una nueva e infatigable desazón se apoderó de nosotros. Sentimos el vértigo de la verdadera revolución de cuya hora presentimos la llegada.

El optimismo—hechicero impenitente—cayó a muchos compañeros; la sublime y perniciosa inmundicia del proletariado obscuro—velipá—la realidad política. No se quiso ver que el flamante sistema de gobierno no era otra cosa que la risible carátula del gobierno que feneció últimamente. Se confió en las dúbidas—vargonzosas y humillantes migajas—de un Poder que no podía dar otra cosa que lo que todo Estado puede conceder. La mentira oficial traída y llevada por sus mensajeros en la Prensa enrojeció el ambiente de tal forma que se hizo un absoluto irrespirable. Envueltos en mentiras y de ilustres forajidos llegaron hasta nuestros medios ilusiones, visitas, sonrisas, halagos, encendidos maravillosos. Se habló extensamente de la inutilidad de los Comités Paritarios, se acusó al Partido socialista y a los más destacados dirigentes de la U. G. T., porque fueron la más servil tripulación de la desventurada nave monárquica. De nada sirvieron las impugnaciones y los anatemas. La República había servido de Jordón. Sobre los traidores cayó el agua purificante y con ello conquistaron coludadas posiciones políticas. Les llamaron revolucionarios. Se posesionaron de pollerinas ministeriales y arremolcaron con cuantos encefalos hallaron en su bandolera carrera política. La mentira democrática se había introducido por todos los intersticios de la conciencia popular.

Mientras la comedia parlamentaria fue representándose, los militantes de la C. N. del T. trataban de acrecentar, cuantitativamente, el número de trabajadores defendidos. Se anduvo la ceca y la meca; no hubo rincón de España, pueblo o aldea, donde no se haya llevado la buena nueva

del sindicalismo revolucionario. Se organizaron, en forma insospechada, sindicatos de todos los ramos en todas las ciudades, pueblos o aldeas. La Confederación Nacional del Trabajo se robusteció numéricamente. Fue todo no más que un colosal torneo numérico. La cantidad fue la única norma y es por eso que ahora tocamos las consecuencias. La enorme multitud de trabajadores que afluyeron a los sindicatos fueron con insólitos deseos de pan y de justicia y fiados en la promesa—repetida hasta lo infinito—de que la C. N. T. sería la continua proveedora de ese pan y de esa justicia. ¿Ha obtenido el proletariado algo de lo que se le prometió?

Las tácticas empleadas—quizá con muy sanos deseos—por muchos militantes sindicalistas, han traído, como consecuencia de un batallar al margen de los postulados anárquicos de la C. N. T., una funesta depresión en el seno del proletariado adicto, un enorme desgano de luchar y lo que es más doloroso todavía, una honda aversión al ideal anarquista, fuente donde abreva nuestro espíritu y fuerza motriz del sindicalismo revolucionario.

Confianza en la inmensa potencialidad de la Confederación los trabajadores que sentían aproximarse la ronda abucinante del hambre en sus hogares fueron a la conquista de inmediatas reivindicaciones económicas. Hubo continuas presentaciones de bases, continuos planteamientos de huelgas. Era una ineludible imposición circunstancial. Eran síntomas naturales del momento. Eran barruntos conmovedores del desequilibrio político y económico de una sociedad cimentada en la mentira y en la explotación del hombre por el hombre. ¿Quién podía poner trabas a la perentoria necesidad de los trabajadores? ¿Era bueno, acaso, decirles a las falanges obreras que afluyan a los sindicatos desechos de mejoras económicas—anhelos fundamentados en la propaganda confederal—que esperaran a que la C. N. T. se viera admirablemente estructurada? Sin embargo en determinadas ocasiones se ha puesto morriña a las apremiantes necesidades del proletariado español.

(Pasa a la 2.ª página)

Las víctimas propiciatorias

A la hora de escribir estas cuartillas, en Zaragoza ya ha corrido la sangre. De un encuentro habido con la Policía, han resultado heridos dos obreros. Uno de ellos ha muerto ya. Luego vendrán nuevas víctimas, pues la fuerza pública, que también resultó con dos bajas en este encuentro, es de suponer que se dejará dominar por el odio y tomará severas represalias.

En todas estas luchas se observan los mismos fenómenos. Se llaman despectivamente «pistoleros» a los obreros y se les persigue enconadamente cuando, al verse agredidos en la manifestación de su protesta por los que a toda costa han de conservar el orden, defienden su vida y repelen la agresión de la fuerza armada. Esta, aunque vaya provista de pistolas y cañones, no es calificada de «epistolero». La lógica está reñida con nuestro léxico.

Lo que ocurre ahora en Zaragoza está sucediendo todos los días. El encuentro fue motivado por una confidencia que recibió la Policía de que un grupo de huelguistas trataban de reunirse en el calle del Asalto como objeto de distribuir armas y provocar un acto revolucionario. Claro que esto es la referencia oficial. Pero bien pudiera ser que la confidencia exista, aunque dudamos de la veracidad del propósito.

El caso es que, una vez más, los confidentes han dado motivo a la fuerza pública para llegar a la alteración del orden que dice está obligada a guardar.

Las víctimas propiciatorias de confidentes y policías son siempre los obreros. Es muy lamentable, pero quizá sea conveniente para que estos víctimas reaccionen y se decidan a dar la batalla definitiva a esos cobardes confidentes que por un menudro de pan duro venen a sus hermanos de explotación y cuya ética ha llegado a tal grado de relajamiento que, para justificar la «propina» que reciben, forjan proyectos revolucionarios y denuncian a hombres influyentemente más honrados que ellos, más dignos, que no están dispuestos a cometer otro delito que el de mejorar la triste situación del proletariado, exponiendo a cada paso su vida.

Quisiéramos que los hechos ocurridos en Zaragoza sirvieran de lección a las víctimas propiciatorias; quisiéramos que despertara la conciencia de la clase trabajadora y declarase guerra a muerte al confidente. Toda consideración, toda prudencia, ha de redundar, fatalmente, en perjuicio del trabajador.

Se ha de hacer de forma que la víctima sea el confidente. Sólo así lograremos extinguir esta raza de envenenados que se oponen al progreso de la humanidad y sirve de modo incondicional a la burguesía, para que ésta siga explotando al hombre, para que la fuerza pública, puesta a su servicio y defensa, siga sumando en su debe tanta víctima propiciatoria.